

# Comunicación-mundo, democracia y cooperación internacional

Francisco Sierra Caballero

Una relectura actualizada del Informe MacBride (1) en el contexto de la *pax americana*, una vez caído el muro de Berlín y lograda la hegemonía absoluta del neoliberalismo, plantea de nuevo viejas interrogantes sobre el papel de la cultura de la geopolítica internacional, así como la función económica a desempeñar por un sector que aceleradamente ha pasado de ser un campo de carácter artesanal a generar suculentas plusvalías en ciclos cortos de tiempo para su período de reproducción.

Al igual que la noción economía-mundo, el enfoque de la comunicación ilus-

tra de qué modo han sido instrumentalizados los modernos medios de masas, a través de los diferentes paradigmas dominantes en las ciencias sociales. En este sentido, Mattelard (2) vincula tres aspectos transversales al hecho comunicativo para ejemplificar su manipulación: la guerra —por ejemplo, el conflicto del Golfo Pérsico—, el progreso —transferencias tecnológicas y dependencia de los países del Sur— y la cultura —la nueva cruzada del puritanismo anglosajón contra el advenimiento de las masas en la sociedad de consumo (3).

(1) En la XIX Conferencia General de la UNESCO, en Nairobi, se constituyó la Comisión Internacional sobre los problemas de la comunicación, que marcaría toda una ruptura histórica con los planteamientos hegemónicos del libre flujo, defendido por EE. UU. La UNESCO fue entonces el epicentro de las pugnas políticas a nivel internacional, cuando por primera vez un organismo dependiente de las Naciones Unidas logró un relativo consenso de los países del denominado Tercer Mundo, en torno a la necesidad de un Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación, cuya propuesta suscitó el rechazo estadounidense y sus socios del gobierno inglés, boicoteando toda estrategia política de reequilibrio, o regulación, del mercado comunicativo y cultural entre países del Norte y del Sur. Cfr. MACBRIDE, S. *Un solo mundo, voces múltiples*, UNESCO/FCE, Madrid, 1988; GIFREU, J. *El debate internacional de la comunicación*, Ariel, Barcelona, 1986.

(2) MATTELART, A. *La comunicación-mundo. Historia de las ideas y de las estrategias*, Fundesco, Madrid, 1994.

(3) Sobre la lógica posmoderna del fin de la historia y el papel «purificador» de la cultura en los nuevos sistemas de organización social basta leer al sociólogo norteamericano Daniel Bell («Las contradic-



Desde que se dieran por olvidadas las recomendaciones «tercermundistas» de la UNESCO y sus planes de desarrollo nacionales para los países económica y culturalmente dependientes de las antiguas metrópolis, el polémico debate sobre la transformación de los sistemas internacionales de información ha pasado a un segundo plano, pese a que continúan acentuándose las desigualdades, en cuanto al poder tecnológico, entre el Norte y el Sur.

La excesiva centralización de los monopolios occidentales sigue creando enormes dificultades a los países subdesarrollados, o en vías de desarrollo, socavando la soberanía y la identidad nacional, paralelamente al cuestionamiento del Estado ante las nuevas estrategias de integración regional, lo que configura el marco conceptual adecuado para el nuevo discurso de la reestructuración capitalista y la consiguiente división internacional del trabajo.

### *El poder del discurso*

Al hablar de la comunicación y la democracia, hay que referirse ineludiblemente a las contradicciones capital-trabajo y, más específicamente, a las contradicciones cualitativas existentes entre las fuerzas productivas —energía— y las relaciones de producción —información—, que determinan los modernos sistemas de organización social, atravesados concretamente por múltiples contradicciones a nivel dialéctico, como por ejemplo las que tienen lugar entre la ciencia y la técnica aplicadas a la producción y el paro estructural, entre el crecimiento económico y los desequilibrios territoriales y sectoriales, entre el nivel

de vida y la calidad de la misma o entre la internacionalización y concentración de los poderes económicos y los estados nacionales.

Del intento de superación o conservación de las mismas distinguiremos una política comunicativa progresiva de una reaccionaria, entendiéndolo, por tanto, la democracia como un proceso y no como un modelo cerrado y ahistórico.

Evidentemente, la actual estructura internacional de la información refuerza las estructuras de dominación y control social al servicio del poder hegemónico. La creciente concentración vertical, la transnacionalización del sector y la simbiosis del poder informativo con el político-económico están íntimamente interrelacionados con la evolución general de la economía que, a lo largo de la pasada década, ha reorganizado sus mapas de configuración espacial, mediante la privatización o desreglamentación abusiva en la explotación comercial de los medios, allanando de paso el camino a la participación en el mercado de otras ramas de la industria de la información y de *holdings* o poderosas compañías comerciales, además de la banca.

Es por este motivo que las teorías críticas de la comunicación y la cultura se han centrado en las consecuencias orgánicas de la mercantilización neoliberalista implícitas en los dos proyectos de integración económica más importantes: el Tratado de Libre Comercio y la Comunidad Económica Europea.

Los presumibles efectos de desnacionalización, la pérdida del control ideológico, junto con la desestructuración social y el desmantelamiento de la cultura autóctona, liquidada cualquier forma de conciencia nacional, ha llevado a

---

ciones culturales del capitalismo», Alianza Universidad), que es bastante explícito a la hora de clarificar cuál es el objetivo social del discurso renovado por la derecha.



algunos autores a advertir sobre las interesadas posiciones ideológicas del nuevo discurso pseudomodernizador, cuyo próximo y fastuoso episodio vendrá precedido por las prometedoras autopistas de la información (4).

La actual ofensiva ideológica está teniendo, sin lugar a dudas, una influencia determinante en la perspectiva política aplicada por algunos gobiernos en sus relaciones internacionales, contrariamente a lo que deberían ser sus intereses concretos como países. Dos casos que resultan similares por su modelo de integración global y las desastrosas contradicciones que el mismo está generando en sus respectivas sociedades son el de España y México.

El reciente intento de compra de Telecinco por la cadena mexicana Televisa es ilustrativa de una cierta coherencia ideológica y de alianza de intereses implícita entre ambas élites oligárquicas. El proyecto de adquisición, en cuyas negociaciones tuvo un papel preponderante PRISA y el GRUPO Z, contaba desde un principio con el beneplácito del Gobierno español, interesado como estaba, y sigue estando, en asegurar el control del tercer canal privado sin dominio directo del Ejecutivo, pese a la declarada cercanía política demostrada por el propietario actual de la cadena, Silvio Berlusconi, cuyo macroimperio Fininvest se edificó al amparo y protección del Partido Socialista Italiano y, en el exterior, mediante sus contactos con dirigentes de la Internacional Socialista.

La entrada de Azcárraga, propietario de Televisa, en el canal español tenía previsto acordarse previa garantía del Gobierno de una mínimas condiciones por parte de los canales públicos en lo referente a su participación en el re-

parto de los ingresos publicitarios y a un buen entendimiento con su competidor directo, Antena 3 TV, con el que se pretende repartir el mercado de la televisión generalista en España. El director de esta última empresa, Antonio Asensio, junto con el presidente del poderoso grupo PRISA, Jesús de Polanco, actuaron de interlocutores en la negociación en favor de Televisa, con el objetivo de evitar la entrada del periódico ABC y el grupo *El Correo*, además de otras entidades financieras, situados en la órbita de la derecha española tradicional.

Así pues, ningún aliado mejor para el magnate de *El País* que sus homólogos mexicanos, cuya complicidad y alianza de intereses con el sistema de partido-estado comparte algunas similitudes con el modelo autoritario hegemónico en el sistema político español. Ahora bien, dicha similitud no resulta suficientemente explicativa en el marco de los procesos de concentración y reestructuración capitalista de los mercados, ya que se puede perder el fundamento subyacente en las estrategias de expansión que actualmente afrontan grandes grupos multimedia nacionales como PRISA y su socio correspondiente en México. Como señala Murdock y Golding, no es coherente enfocar los problemas de la comunicación al margen de las estructuras sociales y, en una perspectiva histórica, diríamos también, que fuera del movimiento real de las estructuras capitales, del capital transnacional. Así, la tendencia «natural» a la alianza de intereses entre determinados capitales, aplicado al caso que nos ocupa, encuentra su correlato en el plano de la geopolítica internacional, por ejemplo en los intentos de vinculación comercial de Mé-

(4) ESTINOU, J. *La comunicación y la cultura nacional en los tiempos del libre comercio*, Fundación Manuel Buendía, México, 1994.



xico con la CEE a raíz de la crisis, resultando España la intermediaria en las negociaciones para garantizar el flujo de exportaciones de productos europeos al mercado mexicano, progresivamente saturado por productos estadounidenses.

Pero también, en este mismo sentido, se debe tener en cuenta el proceso de reestructuración capitalista y transnacionalización en la que se ven inmersos ambos países, cuya integración notablemente dependiente, como decíamos antes, impele a legitimar, en el plano comunicativo, la concentración multimedia en un solo conglomerado nacional.

### *Letanías de la santa competitividad: la maldición malthusiana*

Para España, el proceso de convergencia contemplado por el Tratado de Maastricht ha supuesto un grave desajuste y la profundización de los desequilibrios propios de una estructura económica débil y dependiente en exceso del capital exterior.

La cumbre holandesa de diciembre de 1991 presentó una CEE dispuesta a asumir un papel central en las primeras décadas del siglo XXI, construyendo un nuevo espacio supranacional en el intento de implementar estrategias con dimensiones transnacionales, tal y como demandaban las nuevas condiciones impuestas por el realismo económico. Sin embargo, vista a la luz del transcurso de los últimos años, los avances hacia una mayor claridad democrática eran algo más que dudosos. En un período marcado por la radicalización de la competencia en el mercado internacional, cuando aún no aparecen con suficiente fiabilidad cuáles serán los rasgos de la nueva división internacional del trabajo, el capital europeo se encuentra dividido y falto de un indispensable andamiaje insti-

tucional con el que erigirse en centro capitalista a escala planetaria.

En efecto, en un contexto donde siguen existiendo diferenciaciones estructurales en el valor de las monedas, donde la economía de deuda favorece las operaciones especulativas, donde las tensiones inflacionistas y las evoluciones de las tasas de interés marcan la situación, las políticas económicas de la CEE privilegian el movimiento de «financiarización» de la economía en perjuicio del capital productivo. En el informe Cecchini (1992) ya se vislumbraba la lógica de dinamización neoliberal que llevaba a la hegemonía del capital financiero. En el citado informe, la Comisión fijaba cuatro ejes clave para el desarrollo económico de la Comunidad: 1) la supresión total de los mecanismos proteccionistas en el espacio comunitario, permitiendo a las empresas ampliar su escala de producción para reducir costos en un mercado único; 2) lo cual cuestiona de manera decisiva las rentas de situación y las posiciones del monopolio; 3) libre competencia a todos los efectos dando prioridad a las nuevas estrategias y empresas que se adapten con mayor rentabilidad, y 4) los desequilibrios entre regiones que resulten de esta situación serían corregidos por ayudas de los fondos estructurales europeos. De esta forma se pretendía impulsar el proceso de transición del capitalismo nacional, fundamentalmente agroindustrial en el marco de una economía mixta, al capitalismo mundial con predominio del sector industrial-terciario y liberado de cualquier tipo de coerción —especialmente por lo que se refiere a las leyes *anti trust*— que limitaban las concentraciones financieras e industriales a la hora de favorecer la creación de potentes estructuras monopólicas u oligopólicas. Es decir, se trataba de lograr la «competitividad industrial» frente al



objetivo del «desarrollo» que había motivado las primeras políticas económicas de la Comunidad.

Ricardo Petrella destaca en su crítica al *Libro Blanco sobre el crecimiento, la competitividad y el empleo* cómo el establecimiento de la idea de competitividad como exigencia previa para la creación de puestos de trabajo y la recuperación económica significaba en la práctica la disminución de los costes de mano de obra, la desfiscalización de las rentas menores, reducción de los gastos públicos, prosecución de las privatizaciones y la desregulación de la economía limitando el papel del Estado a la financiación de la infraestructura y de las condiciones medioambientales más propicias para la mejora competitiva de las empresas privadas y, en definitiva, la liberalización de los mercados nacionales y el apoyo y subvención a la iniciativa privada:

«Al haber elegido dar prioridad a la competitividad global, las instancias europeas han legitimado la primacía de políticas nacionales en pro de la competitividad nacional. En este contexto, el *Libro Blanco* se ha visto naturalmente relegado al papel de marco de análisis y de referencia general para las políticas de cada uno de los Estados miembros. Con esto, la corriente «liberal», que supuestamente potenciará las energías creadoras de los europeos, salió reforzada. La cohesión, la cooperación y la solidaridad europeas, en cambio, pagarán la factura. En efecto, si recordamos que la competitividad de las empresas y de los países se mide, grosso modo, según su capacidad de exportación y que, por ejemplo, el 65 por 100 de las exportaciones

belgas están dirigidas a otros países de la UE —Francia, Países Bajos, Alemania— y el 75 por 100 de esas exportaciones a cinco países en total —los ya citados, más Italia y Reino Unido—, resulta que cuanto más competitiva es la economía belga, más competitiva lo será, en relación a las empresas de sus cinco países asociados» (5).

En resumen, finalmente los grandes grupos capitalistas serán quienes impongan una nueva regulación precaria, a partir de sus elementos estratégicos propios diseñados a tal fin.

«La diversidad y la complejidad de las situaciones originadas por la ausencia de reglamentación de la radiodifusión en Europa han hecho aparecer una serie de asociaciones específicas entre empresas de comunicaciones, incluida el fenómeno nuevo de alianzas entre organismos de servicio público y radiodifusores privados» (6). Lo que ha producido, de este modo, un reparto de influencias entre el sector público y privado, con una clara involución del primero, replegado sobre su base nacional en calidad de difusor y productor de audiovisuales, mientras que el sector privado se diversifica y amplifica su presencia internacional. Paralelamente, los repartos de mapas de influencia han prefigurado el dominio regional a escala europea —Berlusconi y Canal Plus, el sur; CLT y Leo Kirsch, Europa del Norte—, anticipando los grandes operadores que controlan el oligopolio comunicacional del Mercado Único sin la interferencia de una eficaz legislación antimonopolio que contemple la progresiva integración tecnológica, los procesos de concentración cruzada y la creciente penetración

(5) PETRELLA, R. «Letanías de la santa competitividad», en *Cuatro semanas*, n.º 14, marzo 1994, pp. 12 y 13.

(6) LANG, A. y VAN LOON. «Concentración multimedia. La reglamentación actual en Europa», en *Telos*, n.º 25, p. 67.



del sector financiero en una industria tan sensible para la pluralidad de identidades que constituye Europa.

Por otra parte, la política cultural impulsada por el Gobierno español al calor de una amplia y variada panoplia de argumentaciones europeístas ha demostrado tener como único objetivo la creación de grandes grupos multimedia nacionales, pensando así en mantener protegido el mercado interior e, implícitamente, el espacio público —el poder político— al igual que sus homólogos comunitarios.

Con motivo de su aniversario, al cumplir los primeros cinco mil números, un editorial de *El País* resumía muy apropiadamente cuál era el camino obligado a seguir en materia de comunicación:

«La filosofía que sirve para otros capítulos de la economía española vale para los medios, con sus propias características: sería oportuno que los conglomerados españoles tomaran presencia en Europa e invirtiesen en el exterior» (7).

«La posición de fragilidad ante la internacionalización de los mercados», sobre la que líneas más abajo hacía hincapié el propio Augusto Delkader, justificaba así una política comunicativa privatizadora del bien público que es la información. Si el mercado único exigía una «reconversión» industrial y tecnológica de todos los sectores industriales y de servicios de los países de la Comunidad para adaptarse a un mercado mundial cada vez más competitivo, la industria nacional de la cultura y la comunicación debía superar la atomización de las empresas, evitando la creciente penetración del capital extranjero mediante las alianzas y la constitución de importantes conglomerados multimedia realmente competitivos en el interior del

mercado único. Y ello porque «puede ocurrir lo mismo que ha sucedido en la alimentación, seguros, finanzas, etc.: que la penetración del capital extranjero sea muy fuerte y deje a las empresas nacionales —que al fin y al cabo son empresas ideológicas— en una posición meramente subsidiaria frente a las multinacionales europeas y pierdan independencia».

La misma lógica neoliberal que hubo propiciado el ascenso y dominio de grupos como Bertelsman, Hachette, Fininvest, Havas, Springer, Maxwell Group o Pearson, se aplican ahora al entorno nacional para el *estrechamiento* de lazos y consiguiente concentración de las empresas españolas. El axioma económico con hegemonía en la sociedad considera la existencia de grandes grupos de comunicación como algo no negativo por sí mismo. Al contrario, en principio es bueno porque aprovecha el potencial económico para obtener productos más baratos y de mejor calidad, siendo necesario en Europa, por otra parte, el impulso de grandes empresas competitivas frente a las multinacionales estadounidenses y niponas.

De esta forma, los Zeta, PRISA, El Correo, Grupo 16 y Moll vislumbraban a las puertas de la presente década nuevas estrategias comerciales que ampliaran su presencia en otras fases y sectores del negocio.

El influjo *demiúrgico* de la Unión Europea y la apertura del Mercado Único imponían pues una reorganización del sector más idónea y adecuada a las estructuras del mercado. El objetivo: ampliar su presencia, tanto horizontal como verticalmente, y expandir el radio de sus actividades a otros espacios del mercado aún sin conquistar.

En este cambio de rumbo operado por los *amos de la información en Es-*

(7) «Los medios europeos», en *El País*, viernes 28 de diciembre de 1990, número extra, p. 57.



paña, los grupos de comunicación optaron por una doble estrategia:

«Una parte de ellos apostaron decididamente por la fórmula multimedios, como es el caso, sobre todo, del Grupo Prisa, del Grupo Godó y del Grupo El Correo. Otros, sin embargo, se han decantado por la especialización en el terreno editorial, como el Grupo Zeta, Expansión Editorial, Hachette Publicaciones o el Grupo Moll, aunque esto no implicara una renuncia a participar en el negocio audiovisual» (Asensio/Antena 3) (8).

En el caso paradigmático de Prisa, la estrategia del grupo se centró en la adquisición de participaciones en compañías de televisión privadas —Canal Plus—, cuyas concesiones fueron realizadas en el verano de 1989; en la participación en las subastas de licencias de FM realizadas por la Administración Central (1982-1989) y las diferentes comunidades autónomas; y en la participación o compra directa de cadenas de radio (Antena 3, de nuevo) como ya hiciera en 1982 con la Ser.

Por su parte, otras empresas como el Grupo Z prefirieron reforzar su implantación mediante procesos de concentración vertical, con el objetivo de copar mayores cotas del mercado (9).

Sin embargo, ante el creciente dominio oligopólico de la comunicación y la cultura, los efectos de la acelerada y no planificada integración del proceso de

convergencia han conllevado, asimismo, una quiebra del aparato burocrático del Estado, hasta ahora bajo control exclusivo del PSOE. Los estragos de la crisis económica que ha provocado una política dogmáticamente neoliberal, han terminado por resquebrajar las bases del poder sobre el que se han sustentado los grupos oligárquicos beneficiados por las reformas del felipismo (10). Aunque el declive de la hegemonía neoliberal del felipismo ha significado a su vez un reforzamiento del autoritarismo sobre la creciente oposición social.

En este sentido, las maniobras del grupo PRISA en calidad de mediador con motivo del intento de compra de Telecinco por parte del conglomerado Televisa se interpreta como una fórmula cuyo éxito garantizaría el control total sobre la información audiovisual, sobre todo a raíz de los últimos procesos de concentración (11). La reciente concesión por el gobierno de la telefonía móvil a un proyecto apadrinado por un socio capitalista distinto al propietario de este grupo podría, por otra parte, contribuir a un cierto optimismo frente a la tesis de concentración monopolista en el sector expuesta líneas más arriba. Ahora bien, si se tiene en cuenta que el beneficiario de dicha concesión en este sector central de las telecomunicaciones estaba encabezado por el Banco Santander, si se valora, por otro lado, que el sistema tecnológico (GSM) está en manos

(8) «Los grupos de comunicación españoles redefinen sus estrategias», en *Noticias de la comunicación*, 30 de marzo-5 de abril de 1992, n.º 43, p. 13.

(9) Para un estudio más detallado de la situación empresarial de los principales grupos españoles al iniciar la presente década. Cfr. TALLÓN, J. «Concentración informativa y empresarial en la industria de la comunicación».

(10) CAMACHO, M. «Poner fin a la corrupción. Acabar con la autocracia felipista-oligárquica», en *ABC*, domingo 8 de mayo de 1994, p. 50.

(11) BARDAJI, J. «Televisa, tras Telecinco. La cadena mexicana a punto de comprar el canal español», en *El Mundo*, viernes 7 de octubre de 1994.

«Jesús de Polanco y la cadena mexicana Televisa ultiman su alianza para entrar juntos en Tele 5», en *Diario 16*, sábado 8 de octubre de 1994, p. 83.



del poderoso monopolio alemán y que, por lo que se refiere al sistema informativo, la conformación de la opinión pública española está controlada por prácticamente una sola voz en el marco de un sistema relativamente oligopólico, la perspectiva obviamente queda ensombrecida por el pesimismo de la razón.

Por lo que se refiere a México, se trata sólo de un capítulo más en la escalada de concentración iniciada hace años por la principal empresa multimedia de América Latina, ya que desde hace años cuenta con una importante presencia en la televisión por satélite estadounidense y también en el espacio audiovisual europeo.

No obstante, independientemente de la negativa influencia en el proceso de devaluación del peso, todavía es demasiado pronto para evaluar los efectos de la integración económica norteamericana, que perfilará un campo abierto al mercado de las nuevas tecnologías interactivas, como ya está sucediendo en EE. UU., donde la agudización de la competencia ha supuesto una notable inestabilidad del mercado por los rumores de compra y venta de todos los grandes grupos de comunicación, salvo la ABC.

Lo que de momento se perfila claramente en el panorama mexicano es que, en medio de un triángulo cuyos vértices son el poder burocrático, la corrupción y la autocracia, se asiste al fracaso generalizado del modelo de partido-estado, como prueban las nuevas formas del neoliberalismo en descomposición.

Esta crisis es generalizable, con matices, al resto de países inmersos en el discurso de la competitividad exigida por la reestructuración mundial del capital en bloques regionales. Discurso que, sin

lugar a dudas, remite a la necesidad de constitución de un bloque social de progreso en el que se movilicen los sectores más progresistas de la sociedad en torno a una política de reconstitución de lo público. «Sin la reconstrucción de lo público resulta prácticamente imposible la articulación de un nuevo pacto social, que la actual descomposición política y social del país impone como condición de posibilidad para la implantación de cualquier programa de cambio profundo que se pretende alterno al proyecto neoliberal» (12).

Ahora bien, toda alternativa de progreso ante la crisis de Estado y los procesos de segregación social que implica dicha reestructuración impuesta por los grandes capitales financieros debería tomar como punto de referencia el problema de la comunicación y la cultura, entendida esta última de una manera orgánica. Pues el intervencionismo constante del Estado neoliberal orientado al vaciamiento de lo público y al desmantelamiento de los espacios intermedios de participación tiene como eje estructurador el poder discursivo que otorga el manejo de la técnica y de los modernos medios electrónicos de comunicación (13).

La centralidad de la cultura subrayada por Williams, a partir de la recuperación de Gramsci en los setenta y antes señalada por la Escuela de Frankfurt, constituye todavía una tarea pendiente dentro de la izquierda transformadora, situándose ahora en un plano de radical necesidad, desde el punto de vista de la universalización del sistema toyotista de producción y de la nueva centralidad productiva de los recursos informativos como valor de cambio añadi-

(12) «Lo público como eje de un nuevo proyecto nacional», en *Coyuntura*, junio de 1994, p. 16.

(13) ZERMEÑO, S. «El Estado neoliberal y el vaciamiento de lo público», en *Coyuntura*, junio de 1994, p. 19.



do, tal y como han destacado numerosos autores en los análisis de la economía política de la comunicación.

Así pues, decir que urge encarar el problema de la cultura como eje de una estrategia emancipadora no resulta para nada banal o afirmación gratuita, ya que, de lo contrario, como se puede ver

y observamos espectantes en medio de inalcanzables procesos de concentración de las industrias culturales, comunicación, democracia y cooperación internacional vienen significando desigualdad económica, autocracia y oligarquía... O lo que es lo mismo, imperialismo de las multinacionales. ■